

Leg. 20 - 1594

UVA. BHSC. LEG 20-2 n°1594

UVA. BHSC. LEG 20-2 n°1594

DISCURSO INAUGURAL.

DISCURSO INAUGURAL

Leg. 20 - 1594

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1866 Á 1867

LEYÓ

ANTE EL CLÁUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID

EL SR. D. ATANASIO PEREZ CANTALAPIEDRA,

Bachiller en sagrada Teología, Licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras, Doctor en la de Jurisprudencia, Vice-rector, Decano y Catedrático que fué de término en la asignatura de Metafísica, y

RECTOR DE DICHA UNIVERSIDAD.

VALLADOLID :

IMPRESA DE GARRIDO. — 1866.

HTCA

U/Bc LEG 20-2 n°1594



UVA. BHSC. LEG 20-2 n°1594 1 6 9 2 2

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1866 A 1867

LEYÓ

ANTE EL CLAYSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID

EL SR. D. ATANASIO PEREZ CANTALAPIEDRA,

Facultad de Sagrada Teología, licenciado en la Realidad de Teología y Letras, Doctor en la de jurisprudencia, Vicesecretario, Decano y Catedrático que fué de teología en la Universidad de Matanzas, y

RECTOR DE DICHA UNIVERSIDAD.

VALLADOLID:

IMPRESA DE GARRIDO. — 1866

Ilustrísimo Señor:

HAN transcurrido siete siglos; y nuestra querida Universidad, continuando su magestuosa marcha por entre las ruinas del pasado, se presenta hoy como el Génio del cristianismo entre los inanimados restos de los mártires, radiante de juventud y lozanía, y rodeada de numerosos hijos, que vienen á saludarla con cariñoso respeto y veneracion, y á celebrar este nuevo aniversario de sus estudios.

Han transcurrido siete siglos; y aquí, en este santo templo, desde este sitio que no quisiera profanar con mi incapacidad, y ofuscado por la luz que reflejan las brillantes coronas de nuestros sábios predecesores, vengo á abrir en nombre de la Reina y de la pátria, el santuario de la ciencia, y á confiar su culto á vuestro elevado sacerdocio.

Han transcurrido siete siglos; y vosotros, ilustrados profesores, dignos émulos de vuestros antepasados,

buenos como la virtud, imparciales como la verdad é impasibles como la justicia en el egercicio de vuestro importante ministerio ante la lucha impía de las pasiones políticas, venís á encargaros nuevamente de la educación científica de los jóvenes estudiosos, á guiar sus pasos por el camino de la virtud y del saber, y á mostrarles la estrecha senda que deben recorrer los grandes Génios, para subir al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Han transcurrido siete siglos; y vosotros, jóvenes escolares, dóciles, obedientes y de nobles sentimientos, como hijos de buenos padres, y entusiastas por las glorias de la pátria, venís á ocupar los bancos en que se sentaron vuestros progenitores, á enalteceros con la ciencia y la virtud, gloriosos títulos de nobleza que emanan directamente del esplendoroso trono de la infinita sabiduría, y á preparar vuestra inteligencia y vuestro corazon, para crear algun dia la belleza y la sublimidad, fuentes inagotables de purísimos placeres; para contribuir á los adelantos de las artes, de la industria y del comercio, elementos de trabajo y de moralidad, y bases de la riqueza pública y privada; para defender y administrar rectamente la justicia, vida de las naciones, firme cimiento de los tronos y garantía del órden público; y para combatir á los numerosos agentes de destruccion que atacan la deleznable existencia de los mortales.

Han transcurrido siete siglos; y la antorcha del antiguo reino de Castilla, viva y permanente como la inestinguible luz de las lámparas sepulcrales de los antiguos, brilla hoy con el resplandor de sus mejores tiempos.

Señores profesores, jóvenes escolares, nobles Vallisoletanos: demos gracias á Dios, y á la augusta Señora que ocupa el trono de los Alfonsos, de los Felipes y de tantos otros monarcas españoles, egregios bienhechores de esta Universidad.

¡Pero ay! asalta en este momento á mi alma un sentimiento doloroso. Fijad vuestra atencion en el recinto de la escuela.... Ya lo veis.... La araña ha tejido su tela en las abandonadas aulas de la sacrosanta religion de nuestros padres; y ahí, donde vibró la elocuente voz del sábio sacerdote que enseñaba las ciencias sagradas á la faz del mundo, no se oyen mas que el nocturno canto del buho, y el monótono sonido que produce la carcoma en su obra de destruccion.

Ya lo veis: han desaparecido de entre nosotros aquellos venerables profesores de sagrada Teología, célebres en el consejo, en el episcopado, en el cónclave y en los concilios; y que semejantes al diestro piloto que salva en lo mas récio de la tempestad la nave combatida por encontrados vientos, así defendian las regalías de la corona y las prerogativas de la nacion contra inmoderadas pretensiones, como los Sagrados derechos de la iglesia y del pontificado contra los ataques de la impiedad, y los de la heregía y el cisma.

Ya lo veis: en ese numeroso grupo de jóvenes escolares, que vienen á celebrar con nosotros la inauguracion de los estudios, se advierte con dolor la falta de alumnos de sagrada Teología, cuya educacion académica y social ejerció una influencia bienhechora en el orden eclesiástico y civil.

Compañeros y amigos de los cursantes en Leyes y Cánones, en Medicina y en todas las ciencias conocidas en aquella época con el nombre genérico de filosofía, llevaban despues de terminadas sus carreras, al seno de la sociedad la concordia y armonía que habia unido para siempre á sus juveniles corazones: relacionados con las clases acomodadas y de esmerada educacion, adquirian los finos modales, la cultura, el desembarazo y las buenas formas que tanto distinguieron á los teólogos y canonistas de las universidades: aprendiendo prácticamente las leyes del corazon

humano, sabian acomodarse despues en el desempeño de sus elevadas funciones á la índole particular de cada uno de sus administrados, así en el humilde tugurio del pobre, como en el suntuoso palacio del magnate; y presenciando frecuentemente las debilidades y miserias humanas, iban, terminados sus estudios, á egercer en este valle de lágrimas, de fragilidad, de error y de pecado, con la prudente censura del vicio, la compasion y la tolerancia cristianas del evangelio.

Ya lo veis: ha desaparecido del antiguo reino de Castilla, teatro de grandes glorias nacionales, y país clásico del catolicismo y de la lealtad, la escuela española teológico-universitaria, célebre por su ortodoxia, por su sabiduria, por su espíritu conciliador, por su consumada prudencia y por los eminentes servicios que prestó á las dos grandes potestades de la tierra.

Señores profesores: respetemos, siempre nosotros los primeros, las poderosas consideraciones que habrán movido al ilustrado Gobierno de S. M. á cubrir con un velo este antiguo monumento de gloria científica y literaria; pero confiemos en que la escelsa Señora que ocupa el trono de los monarcas de Castilla, abrirá las puertas de esta universidad á la reina de las ciencias sagradas, á quien tanto amó y protegió en ella el rey mas sábio despues del inspirado autor del libro de la Sabiduría, que registra la historia de la humanidad.

Han transcurrido siete siglos; y esta Universidad ha desempeñado al través del tiempo, como las demás de España, sus nobilísimas funciones sin haber encontrado en su camino otros enemigos que combatir que el error científico y el error religioso, que si bien no reconocian los sacrosantos fueros de la verdad, jamás las disputaron los títulos de su legitimidad y competencia para prestar la enseñanza.

Pero en estos últimos tiempos en que se han pues-

to en tela de juicio verdades inconcusas, y en los que se pretende en nombre de la naturaleza, coleccion de seres contingentes, sugetos á leyes que ellos no se han dado, ni han podido darse, despojar á Dios de su unidad é independencia absolutas, y de sus esenciales atributos de Criador y Legislador del mundo, no es de admirar que las universidades, instituciones respetables y respetadas por la conciencia social, pero átomo imperceptible en la inmensidad y grandeza del Ser infinito, sean acusadas de punibles desafueros, y que se solicite su reemplazo por otros medios de enseñanza.

¡Raro fenómeno! Los adversarios de las Universidades han tomado posicion en los dos polos del mundo científico y político, desde los cuales lanzan sus dardos contra ellas, invocando sistemas que se destruyen mutuamente.

Sin embargo, y prescindiendo de su exposicion, y de los fines á que aspiran sus partidarios, por no considerarlo compatible con la naturaleza de este acto solemne, ni con los reducidos límites de un discurso inaugural, me permitiré decir desaliñadamente algunas palabras acerca de los vicios que aquellos atribuyen á la enseñanza universitaria con tanta falta de exactitud como de razon y de justicia.

Dispensad, señores profesores, la inmodestia con que he tomado espontáneamente á mi cargo la defensa en este terreno de las Universidades del Reino, porque si bien pudiera considerarme obligado á aceptarla por ocupar como Rector, el primer puesto entre mis iguales, demasiado veo en el fondo de mi conciencia que soy el último de mis compañeros como Catedrático.

¡Triste condicion la del hombre! Criado para la verdad y la virtud, y dotado para alcanzarlas, de atributos cuasi divinos, parecia natural que nunca se extraviasse de la senda que le trazaron la bondad y sabiduría infinitas; pero no ha sucedido así por desgracia.

Dirigid vuestra vista por el ámbito del mundo; y encontrareis en todas partes, en el espacio, en la superficie de la tierra y en las profundidades de los mares elocuentes testimonios del progreso de las artes y las ciencias; pero al lado de estos prodigiosos monumentos que publican el origen divino de la inteligencia humana, vereis que han progresado también la inmoralidad y el descreimiento religioso; que se sustentan cuantos errores pueden concebir las imaginaciones mas estraviadas; y que en medio del fastuoso aparato, del lujo deslumbrador y de los elementos de fuerza y de grandeza que acompañan á los pueblos modernos en su rápida marcha, observareis que la sociedad humana sufre, padece y se agita con movimientos convulsivos, como el nervioso enfermo en el lecho del dolor.

¡Oh sí! algo existe en las sociedades modernas parecido á los agentes de destruccion que acabaron con la sabiduria de Grecia y con la grandeza y poderío de la antigua Roma; y si quereis convenceros de esta verdad, recordad los innumerables sistemas que se han inventado para salvarlas.

¡Cuántos remedios se aconsejan para curar ese mal-estar tan misterioso como el que sienten todos cuantos aspiran los deletéreos miasmas de la peste! Cualquiera diria, que el hogar doméstico, la tertulia, los cafés y hasta los humildes centros de placer y distraccion del proletario, se han convertido, á mas del libro y del periódico, en cátedras de derecho público, político y administrativo. Todos, pues, nos consideramos con títulos bastantes para resolver las cuestiones mas árduas y complicadas, sin reparar que el mal no está en las cosas sino en los hombres, que no radica en las instituciones, sino en los individuos, y que es, no tanto político, como social y moral.

¿Y quién puede dudarlo? Nuestras discordias políticas, el falso patriotismo, el espíritu de venganza, la

inmoderada ambicion, el excesivo lujo, la aversion al trabajo, el desordenado amor á los goces materiales, y la detestable codicia que si no se presenta en las vias públicas con el traje y las armas del bandido, seduce á los incautos y hunde en la desolacion y la miseria á millares de familias, bien pueden considerarse con otros elementos de inmoralidad, de imprudencia y de error, que me abstengo de indicar, como verdaderas causas del malestar que aqueja á la sociedad española. Desengañense los empiristas de todos los partidos: los remedios políticos podrán atenuar pero no curar radicalmente las enfermedades sociales y morales, así como los grandes dolores del espíritu no desaparecen con la aplicacion de los medicamentos preparados en los laboratorios de farmacia. El mal se encuentra en nosotros mismos; y el libro de la moral religiosa señala los medios de combatirle victoriosamente. ¡ Quiera el cielo concedernos la inapreciable dicha de que sigamos sus consejos con valor y constancia!

Dispensad, señores profesores, que me haya olvidado por un momento del objeto principal de mi discurso, y paso á ocuparme de él con la posible concision.

Algunos pensadores, comprendiendo la importantísima influencia de la idea religiosa, y celosos como todos los que aman, de su santidad y preeminencias, quisieran divorciarla de las demás ciencias, á las que dán el nombre de profanas, y encerrarlas dentro de un círculo de hierro del que no puedan salir jamás para que no empañen con su aliento el refulgente brillo de la santa religion del Crucificado.

Segun este sistema de enseñanza, las universidades son, ó pueden llegar á ser un foco peligroso de infeccion antireligiosa, que prepare los ánimos de la juventud á la impiedad y á la heregia y al cisma.

Y al espresarme de este modo, no me refiero á aquellos, que creen como yo, que los representantes de la sociedad tienen no solo el derecho, sinó la sagrada

obligacion inherente á la soberanía, é inalienable como ella, de establecer y dirigir la enseñanza sin menoscabar la libertad científica, como no menoscaba Dios el libre alvedrio, conduciendo á la humanidad á los altos destinos decretados por su misteriosa providencia.

Otros, entusiastas del progreso de las ciencias y las artes, y de la perfeccion de la humanidad en el orden social y político; y comparando la vida inmensurable de la especie humana á la limitada de los individuos, quisieran como el que aspira al premio de la carrera, arribar con la rapidéz de los agentes eléctricos al término de sus generosas aspiraciones; y que se suprimiera la enseñanza oficial para que resonase el eco de la ciencia en todos los puntos del tiempo y del espacio. En este sistema las universidades son verdaderos monumentos de retroceso que han paralizado y paralizan el progreso de las ciencias, y retardan el perfeccionamiento de la humanidad.

¡Hermosos ensueños de ardientes imaginaciones!

Sí: la imaginacion, destello de la Divinidad que se hace presente á las escenas del pasado, y que así descende á los insondables abismos de la nada, como se prosterna en los cielos ante el trono del Altísimo, invade frecuentemente, orgullosa con su fuerza, los dominios de la razon, á la que ofusca con el brillo de sus concepciones, ó seduce con sus encantos.

Cuando se realiza este fenómeno, se introduce el desórden en las regiones de la inteligencia; y la razon entonces, avasallada por la imaginacion y convertida de señora en humilde esclava, sanciona como verdades irrecusables los bellos ensueños de la fantasía; y la ilusion es alguna vez tan completa, que dominados por su influencia, escitada acaso por egoistas ambiciones, corren presurosos en alas del entusiasmo á sellar con la sangre de los mártires la mentira de tanta belleza.

Así es, que cuando la ley inexorable de la justicia humana conduce al cadalso, á alguno de estos infortuna-

dos, no puedo menos de exclamar desde el fondo de mi lacerado corazón. «*Hoy ha volado al cielo el alma de un poeta.*» ¿Cuándo la legislación penetrará en el santuario de las conciencias, y consultará á la religión y á la filosofía para graduar las penas de semejantes aberraciones?

No: no son las universidades españolas focos de infección antireligiosa, ni monumentos de retroceso, sino elementos permanentes de religiosidad, y de perfección social y política.

Las ciencias llamadas profanas con evidente falta de exactitud, reconocen como las sagradas, un origen divino. ¿Qué es sinó el saber en el sentido profundo de esta palabra? Conocer leyes. La sabiduría es el inmenso código de los cielos y la tierra, la manifestación de la voluntad divina en la creación del universo. Los seres á escepción del Eterno, son lo que son, y realizan su existencia y sus fenómenos en virtud de leyes preestablecidas, cuyo conocimiento intuitivo y absoluto constituye la sabiduría, atributo exclusivo de la Divinidad, y el siempre limitado de alguna de sus especies forma la ciencia, patrimonio de las inteligencias humanas.

Por eso, los seres no son en rigor psicológico el verdadero objeto del conocimiento del hombre, sino los libros en que Dios escribió las leyes, que presiden á su modo de existir y de obrar; y así es que los seres se destruyen y desaparecen, como se destruyen y desaparecen los libros, sin que se destruya y desaparezca la ciencia, que es durable como las leyes eternas de que procede. Ha desaparecido, pues, el primer vapor que se sujetó á la observación y al experimento para calcular su fuerza expansiva, y aplicarla á la industria y á las artes; y sin embargo, funcionan las máquinas; y los barcos y los trenes marchan con prodigiosa velocidad por la superficie del mar y de la tierra. El matemático, el físico y el químico al aplicar los

preceptos de la ciencia á la industria y á las artes, desempeñan en su respectivos órdenes funciones análogas á las del magistrado que aplica las leyes á la administracion de la justicia.

Pues bien: entre la idea de ley y la de legislador existe una relacion increada y necesaria, sin que sea posible comprender la una sin elevarse á la nocion de la otra; y como la ley, prescindiendo de sus condiciones esenciales, es siempre el acto de una voluntad dirigida por una inteligencia, la razon percibe tambien una diferencia esencial entre las mismas ideas de ley y legislador, y rechaza como un absurdo, su identidad, y por consiguiente el error que las amalgama en una sola, confundiendo á la causa con el efecto, al Criador con la criatura y á lo necesario y absoluto con lo contingente y relativo.

Verdad es, como lo reconocieron los antiguos Padres de la iglesia, que Dios existe en todos los puntos del tiempo y del espacio en esencia, presencia y potencia; en esencia, porque es infinito; en presencia, porque es inmenso, y en potencia porque es omnipotente; pero conservando siempre su unidad é independencia absolutas, y sin confundirse jamás con las obras de sus manos, como hoy se pretende por algun sistema filosófico. No: la ciencia rechaza como impía la absurda pretension de que descienda el Eterno de su trono, para identificarse con la materia y con el desorden moral.

Y si del estado metafísico pasamos al órden físico y moral, las leyes que constituyen las ciencias, son otros tantos testimonios de las infinitas perfecciones de su autor divino; y su conocimiento, además de ilustrar á la inteligencia y de moralizar al corazon, elevan al espíritu á la nocion de un legislador único é independiente, sapientísimo é infinito en todo género de perfecciones.

¿Y las causas finales? La inteligencia humana no las ha reducido hasta ahora que yo sepa, á un ver-

dadero cuerpo de doctrina; y es de esperar que llegarán á ser con el tiempo ordenadas competentemente, la reina de las ciencias humanas.

¡ Cuántos tesoros de bondad divina encierran todos y cada uno de los séres ! Los astros que giran en el espacio, la atmósfera, la tierra y todo cuanto en ella vive y existe, conspiran armónicamente á producir el bien del ser inteligente y moral. La guerra misma, la peste y las grandes catástrofes, perjudiciales á determinado número de individuos, se convierten en elementos de bien para las sociedades humanas por la misteriosa Providencia de Dios, que hace brotar del seno mismo de la muerte abundantes elementos de vida para las siguientes generaciones; y si consideramos como malos, ó como nocivos en el orden físico á algunos séres, esto consiste en que nuestra limitada inteligencia no acierta á comprender el papel que representan en la maravillosa máquina del mundo, ni el bien para que han sido criados.

¿ Quién sabe, si hollamos diariamente con nuestros piés al imperceptible insecto, á la microscópica planta ó al grano de polvo ignorados por la ciencia, con cuya virtud medicinal podríamos combatir victoriosamente la enfermedad que ha de conducirnos al sepulcro? Con el uso regulado de la corteza de un árbol criado en apartadas regiones, y que apenas fijaba la atención del naturalista, se combate y se vence hoy á la terrible dolencia que diezmó á las poblaciones por espacio de muchos siglos; y un insecto y un molusco despreciados un dia como tantos otros séres por el orgullo humano, suministran hoy, auxiliados por el arte, las preciosas prendas con que se cubre el santuario de los templos, y se adornan las coronas de los monarcas.

¿ Quién al contemplar tanta bondad en Dios, no se prosterna ante su radiante trono, y bendice su glorioso nombre, y le ama, y le adora, y publica con todas las manifestaciones del sentimiento religioso su profunda gratitud? Las ciencias todas son despues de la palabra

divina y de la gracia santificante, las que mas han contribuido á la civilizacion del mundo y á la conquista de los derechos del hombre social, consignados en los evangelios; y los profesores de las universidades españolas en su posicion humilde en el órden de las categorías legales, pero esplendorosa y magnífica en la region de los principios, han prestado importantes servicios al estado y á la sacrosanta religion de nuestros padres.

« *Acabo de cantar un himno á la divinidad* » exclamó Hipócrates al terminar una diseccion anatómica: *acabo*, podria decir cualquier profesor al salir de clase, *de practicar un acto sublime de culto religioso, proclamando desde la cátedra las infinitas perfecciones de Dios.*

¿Por qué, pues, se ponen en tela de juicio la piedad y ortodoxia de las universidades del reino? ¿Será porque algunos sofistas hayan abusado de las ciencias que en ellas se profesan, para hacer la apología del error? No puede ser; porque si se plantease la cuestion en este terreno, tendríamos que dudar de las instituciones mas santas, y de la iglesia misma, de cuyo seno salieron los grandes heresiarcas que combatieron la santidad del dogma, y turbaron la paz del mundo.

¿Será porque algunos profesores hayan abusado de su respetable ministerio para enseñar doctrinas perniciosas? No es tampoco posible. No puedo creer que existan profesores españoles, siempre buenos é ilustrados, que olviden el juramento que prestaron ante Dios como cristianos, y ante la sociedad como caballeros; y que defrauden las justas esperanzas de los padres, que envian sus hijos á las universidades del reino, no solo para que se ilustre su inteligencia, sino para que se fortifiquen en su corazon con el auxilio de la ciencia el amor á la virtud y las ortodoxas creencias de sus mayores: no puedo creer que existan profesores, siempre prudentes, y amantes de la universidad y de sus discípulos, que lleven á las serenas regiones de la cien-

cia, donde siempre reinaron el amor y la paz, el odio implacable y la funesta discordia de la política y de la incredulidad; y que conviertan en hombres de partido y de secta á inespertos adolescentes para que entusiasmados con la verdad y belleza aparentes de ciertos errores, y por la autorizada voz de sus catedráticos, se precipiten en el peligroso torbellino de las pasiones políticas y sociales; y quién sabe si en el campo de la fuerza material, desde cuyo sangriento anfiteatro envíe la muerte un desconsuelo eterno al seno de sus burladas familias. No: no puedo creer que los catedráticos de las universidades sean capaces de tan censurable abuso; pero si la ardiente imaginacion de algunos de ellos fascinase su razon hasta este extremo, el Rector que es siempre el compañero y el amigo, sabrá remediar el mal con su prudente consejo, como corresponde al prestigio del gobierno, al buen nombre de las universidades y á la dignidad del profesorado español.

Pero el correctivo del abuso no debe entorpecer en lo mas mínimo la libre marcha de las ciencias bajo la accion sábiamente reguladora de los gobiernos, porque el alma que las forma, espiritual é impalpable, no puede ser coartada como la organizacion material. Mientras los verdugos despedazaban los cuerpos de los mártires, aquellos héroes del cristianismo con la impasibilidad en los semblantes y la tranquilidad en el corazon, entonaban himnos al Señor, rogando como Jesucristo desde la cruz, por el perdon de sus inícuos juzgadores; San Atanasio templó en las persecuciones, en el desierto y en las cárceles las armas con que combatió á la heregía y al cisma, y á la tiranía de alguno de los emperadores de Bizancio; y el gran Cervantes concibió su obra inmortal en la estrecha cárcel de una reducida aldea.

Por lo demás, la verdad no teme al error por mas que se presente con grandes aparatos de fuerza y con ademanes amenazadores.

Cuando se percibe en el horizonte la nube de siniestros colores, que engendra la tempestad; cuando impulsada por el viento se dirige hácia la morada del hombre; cuando se posa sobre nuestras cabezas, y amenaza destruirnos con sus espantosas detonaciones, y con la piedra y el rayo que lanza de su seno, el ánimo pusilánime se anonada, y el hombre preocupado corre presuroso á ocultarse como Augusto, en los sótanos de su vivienda; pero el filósofo de esforzado corazón, además de experimentar el sentimiento de lo sublime que produce en su alma ante tan magnífico espectáculo el vivísimo recuerdo de la omnipotencia de Dios, espera confiado en que el sol, símbolo de la verdad como de la belleza y el bien en el mundo físico en que gira nuestro planeta, triunfará de la tempestad, emblema del error y del desorden material contra el imperio de la ley.

Pues bien: el error científico puede ser vencido con igual facilidad si queremos y sabemos combatirle; y si todavía subsisten algunos proclamados hace bastantes siglos, no será porque no se les haya condenado á perpétuo silencio en el tribunal de la verdad, sino por el tenáz empeño con que les sostienen el egoismo y la ignorancia. Al ordenar el fanático Omar que se alimentase el fuego de los cuatro mil baños públicos de Alejandría con los papiros de su famosa biblioteca, presintió que prestaba con aquel acto de barbarie mas servicios á la causa del islamismo que con cien triunfos obtenidos en los campos de batalla.

En suma, señores profesores: patentizando *vosotros* diariamente los grandes elementos de religiosidad que contienen las ciencias, sois un testimonio vivo de la verdad de mis asertos; y moralizando al mismo tiempo que instruyendo á nuestros discípulos, mereceis bien de Dios, de la Pátria y de la Reina. Gracias, señores profesores, por vuestros nobles esfuerzos.

Siento mucho continuar molestando vuestra atención;

pero no puedo dispensarme de hacer algunas ligeras observaciones con el fin de probar la influencia bienhechora que han ejercido las universidades en la civilización, y en el progreso social y político de los españoles.

Al poco tiempo de haberse posesionado los árabes de la casi totalidad de España, desaparecieron con las artes, la industria y el comercio las ciencias y las letras, que se habían repuesto no poco del rudo golpe que sufrieron con la invasión de los pueblos septentrionales; pero se salvaron tres grandes elementos de bien, que nunca faltaron de los corazones españoles: el valor, el sentimiento religioso y el amor á la independencia nacional.

Con estos poderosos móviles, é invocando á Santiago y á San Millan, que habían descendido del cielo para pelear en la tierra contra los enemigos del nombre cristiano, reconquistaron los españoles una gran parte de la península ibérica, y ya en el siglo XI el glorioso pendon de Castilla anunciaba al mundo desde los conquistados mirabetes de Toledo, que aun existia un pueblo que sabia triunfar con su valor y su constancia de los entonces indomables guerreros del islamismo. Pero la guerra habia producido el desorden y la tiranía. Los gefes de los ejércitos y sus descendientes, dueños de inmensos territorios y de inespugnables fortalezas, al mismo tiempo que ponian continuamente en grave riesgo la unidad é independencia del trono de Castilla, ejercian sobre sus pobres vasallos el mas irritante despotismo. El trabajo, la sangre y la dignidad de aquellos infelices, y hasta el pudor de las doncellas, y los mas delicados sentimientos del padre y del amante, pagaban afrentoso tributo á aquellos altivos soberanos, que se apellidaban á sí mismos « *señores de vidas y haciendas y de horca y cuchillo.* »

No era posible que los reyes, compañeros de sus

:

súbditos en las repetidas campañas contra los árabes, no procurasen remediar tan irritantes abusos; ni que los romanos pontífices que marchaban al frente de la civilización y progreso de la humanidad, dejasen de cooperar á la grande obra de la emancipación de los castellanos; y poniéndose efectivamente de acuerdo las dos potestades, se valieron para realizarla, no de la violencia y la intriga, armas indignas de nobles pechos, sinó de los poderosos recursos de la ciencia que destruye lenta, pero indefectiblemente los cimientos de la opresión y asegura el triunfo del derecho contra la fuerza.

¡Magnífico espectáculo! El alma se regocija al contemplar á los dos grandes poderes de la tierra asociados al cristiano pensamiento de libertar de la servidumbre á los individuos y á los pueblos. ¡Dichosos ellos si se les hubiera dispensado siempre tan justa protección! ¡Cuántas lágrimas y sangre se hubieran evitado!

Creáronse las universidades—la primera por Alfonso VIII en Palencia—con el título de reales y pontificias; en las cuales se congregaron para prestar la enseñanza, los hombres mas sábios que entonces se conocían así en España, como en Francia é Italia; y las nuevas escuelas protegidas por la religion y por el poder real, proclamaron desde la cátedra como principios fundamentales de derecho político y civil, y de conducta pública y privada los preceptos divinos consignados en los evangelios. En tan gloriosa jornada tremolaba la bandera de la civilización la facultad de sagrada Teología.

Por una coincidencia providencial, los entonces llamados *ricos omes* desdeñaron enviar sus hijos á las universidades por considerar al estudio de las ciencias y las letras como ocupación indigna de su elevada alcurnia: lastimoso error que alhagó despues el orgullo de otras clases, y que se invoca todavía por algunos individuos para escusar su desaplicación con la vulgarísima frase de «*que no necesitan estudiar para vivir*

decorosamente.» ¡Desgraciados! ¡hasta qué punto ofenden á la sabiduría infinita, y degradan á la humanidad el orgullo y la ignorancia!

Concurrieron, pues, á las universidades con pocas excepciones, los jóvenes de la clase media, y no pocos de la proletaria, acogidos al efecto por los conventos y en las casas de los eclesiásticos y de las familias regularmente acomodadas con el título de pajes; y era natural que terminadas sus carreras, llevasen con el amor y protección á las clases de que procedían, las ideas bienhechoras que habían adquirido en las universidades, á la sociedad y á la familia y á los demás centros civiles y eclesiásticos; y así sucedió en efecto, creándose en su consecuencia el antiguo carácter nacional, grave y circunspecto, religioso y honrado, libre, independiente é impasible ante todo género de peligros, cuando se trataba de la propagación y defensa del catolicismo, y de las glorias de la patria.

La inteligencia domina al mundo; y nunca se vió mas confirmada esta verdad que en la lucha pacífica de las ideas con el poder guerrero de los señores feudales y alguna vez despues con el abusivo de los mismos reyes; y si la religion y la ciencia no terminaron por completo su obra, no fué culpa suya, sinó efecto de acontecimientos posteriores que me abstengo de referir, porque no puedo ni debo residenciar desde este sitio á las augustas sombras de los autores del mal.

Sin embargo, se admira el ánimo al contemplar los derechos políticos y civiles de que gozaban los españoles en una época en que gemia la Europa bajo el yugo de la servidumbre feudal.

Me faltan tiempo y espacio para bosquejar, ni aun á grandes rasgos, el cuadro de las leyes y costumbres que siguieron á la creación de las universidades, y me veo precisado á limitarme á ligerísimas indicaciones de la legislación general de aquellos tiempos, prescindiendo por completo del derecho foral en el que se

encuentran disposiciones tan liberalmente expansivas, que no se atrevería á dictar el mismo socialismo desde las regiones del poder.

Las personas y las propiedades estaban tan protegidas por las leyes de aquella época, como pueden estarlo por las modernas constituciones; y si se restringieron alguna vez los derechos del propietario, no fué por cierto para aumentar la riqueza del poderoso, sinó para favorecer al indigente, amigo predilecto del pobre, crucificado en el Calvario, prohibiendo en su favor el acotamiento de las heredades, otorgando notables privilegios á los colonos, concediéndoles en armonía con un precepto bíblico la espiga y rebusca contra la voluntad de sus dueños, y estableciendo en su favor otros beneficios de igual naturaleza. Podía ejercitarse libremente el derecho de asociacion y reunion con la facultad de reglamentarse así en el orden eclesiástico, como en el civil y político; y mientras los destinos públicos y los principales cargos de la iglesia se conferían exclusivamente á los nobles en otros países, en Castilla podían optar indistintamente á ellos, salvo raras excepciones, los individuos de todas las clases, con la particular circunstancia de que los reyes prefirieron por punto general á los del estado llano para el desempeño de la magistratura y de otras funciones públicas.

La administracion de la justicia en lo civil y criminal estaba encomendada en la mayor parte de los pueblos exentos á los alcaldes nombrados por el sufragio universal de sus vecinos, cuyos concejos y municipalidades administraban sus propios y comunes sin más restricciones que las absolutamente necesarias; pero como los alcaldes, en su mayor parte rudos labriegos, no podían ejercer imparcialmente su importante ministerio en los pleitos del débil contra el poderoso, se otorgó al huérfano, á la viuda honesta y á otras personas desvalidas recomendadas por la caridad cristiana,

el derecho protector de que se sustanciasen y resolviesen en primera instancia sus cuestiones judiciales por los tribunales colegiados de la corte.

El derecho de caza y pesca, privilegio exclusivo de la nobleza en otras naciones, se ejercia libremente por los castellanos de todas las clases y condiciones, como medio de distraccion ó de subsistencia: podia viajarse con absoluta libertad sin el salvo-conducto de la autoridad pública; y la potestad civil amparó bajo el manto de la soberanía temporal á los eclesiásticos seculares y regulares contra los abusos de sus respectivos preladados por medio de los recursos de fuerza y de proteccion, y á todos los españoles, reteniendo las bulas y breves pontificios contrarios á las regalías de la corona, á las prerogativas de la nacion y á los derechos de los particulares.

Las universidades mismas con las preeminencias de sus cláustros generales y con los derechos activos concedidos á los mismos cursantes, presentaban la imagen de pequeñas repúblicas, funcionando en el seno de la monarquía poco menos que con absoluta independencia del gobierno central. ¡Tanta era la confianza que inspiraban por su saber y sus virtudes á las potestades eclesiástica y civil!

El Rey, el alto clero y la nobleza de otros paises se habian divorciado completamente del pueblo, quien no tenia de comun con aquellas elevadas clases mas que el aire que aspiraban, segun la frase de un célebre escritor; pero España, fuera de los abusos parciales de los señores de vasallos, no presencié jamás tan repugnante espectáculo, porque la igualdad y fraternidad evangélicas se habian infundido en todos los corazones. Hermanos llamaban desde el púlpito el religioso mendicante y los demás predicadores no solo á los hijos del pueblo, sino á los grandes de Castilla y al mismo Rey; y hermano llamaban todos sin distincion de clases y categorías, al mendigo que solicitaba su socorro.

¡Hermano! idea divina, hija de la caridad, madre de las virtudes religiosas y sociales, ante cuya santidad se humillaba el orgullo del poderoso, como si temiese encontrar cual San Martín, al mismo Jesucristo bajo la forma del araposo pordiosero.

Así es que los sermones de aquellos y posteriores tiempos, preciosos documentos de literatura antigua é historia, olvidados entre el polvo de las bibliotecas, ó destruidos como papeles inútiles, mas que por oradores sagrados, parecen escritos por ardientes tribunos de la plebe ocupados en clamar desde la cátedra del Espíritu Santo contra los agravios inferidos al pueblo, y particularmente contra la avaricia y crueldad del rico y la soberbia del poderoso para con el pobre y desvalido.

Y si se examinan filosóficamente las costumbres populares, fiel reflejo del sentimiento público, encontraremos todavía en algunos pueblos de Castilla espectáculos esencialmente democráticos en los que las señoras de distinguida posición social, confundidas con las humildes hijas del pueblo y adornadas con sus mejores trajes, bailan al aire libre al son de sencillos instrumentos con los individuos de las clases más subalternas de la sociedad; y las cocinas de las poblaciones rurales se convierten hoy como entonces, en patriarcales tertulias, en las que los amos y los criados conversan amigablemente, y pasan en inocentes juegos con amor fraternal las primeras horas de las largas noches del invierno. Podrán calificarse estos recuerdos de impertinente vulgaridad; pero la filosofía que se eleva de los hechos individuales á la región de los principios, percibe en ellos el espíritu de general fraternidad que les dictó.

Ultimamente: las cortes compuestas en una sola asamblea de la alta nobleza, del clero y de los representantes de los concejos, elegidos libremente por ellos; proponiendo leyes sábias y justas, resolviendo las

cuestiones relativas á la guerra y á la paz; concediendo ó negando los impuestos; clamando contra los abusos y desafueros de los señores, de los eclesiásticos y de los oficiales del Rey, y descendiendo hasta censurar y pedir la reduccion de los gastos de la córte, y los de la mesa del mismo monarca, mantenian vivo en todos los corazones el espíritu de libertad, igualdad y fraternidad; palabras en cuyo nombre se perpetraron despues grandes crímenes, interpretando sacrílegamente su verdadera significacion, pero que no por eso han perdido su carácter de evangélicas y santas.

«*Es magnífico*, esclama un historiador estrangero contemporáneo, *ver á los castellanos hacer valer con constancia sus derechos, mientras eran invadidos por los príncipes de la casa de Austria, quienes lograron á pesar de sus multiplicadas protestas, destruir las libertades adquiridas á tanta costa.*» Sin embargo, no es cierto que se extinguieran por completo, como lo asegura el sábio escritor, porque las ideas no desaparecen con la facilidad que el humo de la pólvora, con que se pretendió destruirlas.

Tal fué la obra construida antes de la desgraciada jornada de Villalár, por la religion y la ciencia, únicas que pueden y saben formar, inspirar y propagar los preceptos salvadores del evangelio y el amor á los derechos de la humanidad; porque el poder, la fuerza, las riquezas y los títulos noviliarios no han recibido de Dios tan distinguido privilegio.

Subsistieron no obstante, como llevo indicado, notables abusos; pero no podrá negarse que se gozaba entonces en España de mas derechos civiles y políticos que en las demás naciones de Europa; y que aquella libertad esencialmente nacional no fué importada del estrangero, ni impuesta por la revolucion armada, ni por pretorianas sediciones, sino proclamada, como he dicho anteriormente, desde la cátedra y el púlpito.

Verdad es que la bandera católico-liberal española se cambió despues como lo hemos cambiado todo, por

otra bandera estraña; ¡pero ay! al verla combatida por tantos y tantos adversarios, se me figura ver tambien al habitante de la zona tórrida con el ligerísimo traje de su país, luchando entre hielos eternos con el estraño clima de las regiones polares, adonde le arrojó la tempestad.

Y al hablar en estos términos, no lo hago inspirado por el espíritu de partido, sino con el exclusivo objeto de probar en nombre de la ciencia y de la historia la benéfica influencia de las universidades del reino.

Por lo demás, palpita de placer el corazon al contemplar los altos hechos á que dieron cima los ínclitos hijos de la pátria del Cid á la sombra del pendon monárquico católico-democrático del antiguo reino de Castilla, que la traicion arrancó mas adelante de las trémulas manos del venerable obispo de Zamora, estrangulado á los pocos dias como un bandido por los mismos que saquearon á Roma y aprisionaron al Pontífice.

¡Oh! La reaccion era lógica con las circunstancias de aquella época. ¡Ojalá lo hubiera sido tambien la revolucion en contrario sentido, volviendo á unir en un solo volúmen el libro de las tradiciones evangélicas y el de los antiguos derechos políticos y civiles de los Españoles! ¡Cuántas y cuán radicales reformas hubieran podido realizarse con el contentamiento de todos! Y la hipocresía no hubiera sustituido á la verdadera piedad, ni el escepticismo religioso á la fé profunda de nuestros ilustres antepasados.

¡Dichosos tiempos! Aquellos esforzados varones con un valor y constancia sin ejemplo en la historia de los héroes, arrojaron allende los mares á los enemigos de la cruz, considerados entonces como invencibles; conquistaron un nuevo mundo; vencieron en Pavía, Gravelinas, San Quintin y Lepanto; obligaron á estudiar en todas partes el idioma de Castilla; pasearon triunfante su gloriosa enseña por todas las regiones del globo, y la izaron tan alta que el sol la iluminó constante-

mente con sus rayos para que sus émulos y enemigos contemplasen de noche como de dia sus victoriosos timbres.

¡ Ay.....!

¡ Quiera el cielo devolver á esta nacion magnánima su antigua grandeza y poderío, y á sus nobles hijos el amor mútuo que les ha robado el génio maléfico de las discordias políticas!

Señores profesores: luchando el inmortal Colon desde frágil nave con el furioso huracan, y las embravecidas olas del Occéano, y amenazado constantemente de muerte por mano airada en su largo viaje, arribó con felicidad al término de sus proféticas aspiraciones; el descubrimiento de un nuevo mundo.

Seguid vosotros su alto egemplo: marchad impávidos por entre los huracanes de la revolucion y las oleadas de las agitaciones políticas, y caso necesario por entre las amenazas de muerte que pudieran dirigirse contra nuestra querida universidad, al término de vuestros nobles esfuerzos; la instruccion y el perfeccionamiento religioso y moral de vuestros discípulos.

No permitáis que la pasion política y el espíritu de secta vengan á turbar la paz y concordia que reinaron siempre en esta universidad; y no os encargo que respeteis y caso necesario defendais como hasta aquí, desde la cátedra la sacrosanta religion de nuestros padres, y las altas instituciones de la nacion, porque ofenderia con tan inoportunos recuerdos vuestra reconocida piedad y patriotismo.

Y vosotros, jóvenes escolares; escuchad mis consejos, como los de un padre cariñoso.

Repasad las lecciones del libro de la historia, que os han esplicado vuestros dignos catedráticos; y vereis en ellas que si la humanidad contempla con curiosa sorpresa las sangrientas jornadas de los ambiciosos conquistadores, reservó siempre el tributo de su amor y el de su admiracion y respeto para los héroes de la virtud, y para los sábios y eminentes artistas que hicie-

:

ron el bien sin haber causado ningun mal; y asimismo vereis que ya hubiesen terminado sus gloriosas carreras en lecho de púrpura como el Rey sábio de Castilla, en pobre aposento como Cervantes, bajo el peso de los años como Miguel Angelo, ó de la cuchilla del verdugo como el príncipe de los Apóstoles, el sentimiento público de todos los pueblos de la tierra y acaso tambien los ángeles del cielo levantaron altares á la memoria de tan esclarecidos varones en el templo de la inmortalidad, para que fuesen reverenciados con piadoso recojimiento hasta la consumacion de los siglos. Ya veis cuanto enaltecen al ser inteligente y moral el saber y la virtud; y á vuestra disposicion teneis los medios de alcanzar tanta gloria, estudiando mucho bajo la direccion de vuestros sábios maestros, y fortificando el bien en vuestros corazones con la práctica sincera de la religion. Hacedlo así, jóvenes escolares.

Amad y respetad mucho á vuestros catedráticos particularmente en el egercicio de su noble ministerio; porque prescindiendo de la infraccion legal, las faltas de esta clase que tienen un nombre que no me atrevo á pronunciar desde este punto, rebajan y degradan á los jóvenes bien nacidos.

Huid cuidadosamente de las agitaciones populares de cualquiera índole que sean; porque sin ocuparme de su carácter legal y moral, no sois como hijos de familia, dueños de vosotros mismos, y careceis además de la experiencia y criterio necesarios para comprender la gravedad y trascendencia de tales perturbaciones, y el papel desairado y hasta ridículo, que hariais en ellas como instrumentos inocentes de pasiones estrañas.

Cuando terminadas vuestras carreras entreis en el egercicio de vuestras respectivas profesiones, desempeñadlas con moralidad y celo y con generoso desprendimiento para con los pobres que necesiten de los auxilios de la ciencia, sin abandonar el estudio, mas necesario entonces que nunca en el complicado laberinto de los casos particulares.

Siempre fué la modestia compañera inseparable de la sabiduría; y no permitais por consiguiente ser dominados por el orgullo de la ciencia. Cuanto mas se instruye el ser inteligente, mas se acerca al Trono de la Sabiduría infinita y mas se identifica con Dios su Criador. ¿Pero qué son los conocimientos del hombre mas ilustrado? un gran tesoro de bien y de felicidad comparados con la ignorancia de los que no han recibido educacion alguna científica, y muy poco ó nada con relacion á los innumerables misterios que guardan los cielos y la tierra. La *Sabiduría*, segun el texto bíblico, *edificó su propia casa*, tan grandiosa y magnífica, que llena la inmensidad, palacio del Eterno, como la denominó el inmortal Newton en una de las profundas inspiraciones de su Gé- nio filosófico. ¿Qué espíritu por enérgico que sea, podrá pues engolfarse, no ya con la inteligencia, sino con la imaginacion, en sus insondables abismos? *Soy un sábio*, es no obstante el letrero que imprime el orgullo en la erguida frente de su víctima desde que los Angeles rebeldes y nuestros primeros padres al pié del árbol de la vida escribieron en sus banderas: *Queremos ser iguales á Dios*. ¡Cuántas y cuán funestas desgracias ha producido el orgullo de la ciencia! Evitad jóvenes estudiosos, tan detestable vicio, verdadero acto de rebelion contra la Sabiduría infinita, y en el que solo pueden incurrir las medianías literarias y los espíritus vanos, superficiales y locuaces.

Otro consejo que espero no olvidareis. Templad vuestras armas y preparaos á combatir en su dia desde vuestras respectivas posiciones á los dos monstruos que amenazan destruir hasta en sus cimientos el grandioso edificio de la moderna civilizacion; el egoismo de crueles entrañas, que seca las fuentes de los sentimientos benéficos y generosos, y la inmoralidad, que burlándose sin pudor ni vergüenza de cuanto existe de mas santo en la tierra y en los cielos, provocan las iras de la multitud, y podrian preparar los ánimos á la revolucion social con sus espantosas consecuencias.

Las mismas lecciones de la historia os enseñarán, que las civilizaciones humanas nacen y mueren como los individuos; que el odio puramente instintivo que promovió las antiguas guerras sociales, se ha trasladado al terreno de la ciencia, en el que se pretende santificarle por algunos sofistas; que se predica que la tierra pertenece á todos y cada uno de los asociados; que la propiedad es un robo; que las máquinas son los ladrones del trabajo y las causas ocasionales de la miseria del pueblo, el comercio de esportacion el ratero que arrebató los elementos de subsistencia á las clases necesitadas, y los ricos los verdugos de los pobres.

Recordad tambien que la inmoralidad y el egoismo fueron siempre los precursores de las grandes desgracias que sufrió la humanidad, y que cuando la corrupcion moral llegó al límite señalado por el dedo de la Providencia, las civilizaciones perecieron víctimas de sus dolencias sociales, como las de las antiguas monarquías de Oriente, ó bajo el peso terrible de la justicia de Dios, como las anteriores al diluvio universal.

Veréis asi mismo en la historia moderna, que en una época no lejana fué necesario para no morir en cruento cadalso, ostentar como un gran mérito, misera pobreza y desaliño en los trajes, suciedad en las personas, crueldad en los corazones, y completa irreligion en todo; y que si la hija cariñosa quiso obtener el inaudito privilegio de salvar la vida de su anciano é inocente padre, tuvo que apurar la copa enchida de sangre ilustre rebasada del patíbulo, que la ofrecieron como repugnante precio del indulto los despiadados jueces.

Algunos pasos mas, invocándose las absurdas aberraciones filosóficas y religiosas posteriores á aquel terrorífico período, y la nueva Hydra de cien cabezas, acechando con la paciencia del tigre el momento favorable, reproducirá con sangre y fuego el completo cataclismo de los tiempos de Decaulion y de Noé.

Pero por lo mismo que no se trataría de modificar la actual civilizacion sinó de destruirla por completo para

reemplazarla con la barbárie, redoblad en su dia sábia y prudentemente vuestros esfuerzos con el santo fin de evitar que la codicia, el ódio y la venganza, levantando el pendon de su soñado derecho, y armados del acero homicida y de la tea incendiaria, cuyos siniestros resplandores hirieron ya cruelmente nuestra vista desde las inmediatas márgenes del Pisuerga, hundan á la humanidad con todas las obras de su inteligencia y el trabajo de los siglos en la mas horrible catástrofe.

Si asi lo hicieréis, Dios y la Pátria agradecida premiarán vuestros servicios; y si hubiera terminado para entonces nuestra peregrinacion por el mundo terrenal, os enviaremos un recuerdo de amor desde la mansion de las almas inmortales por medio *de la cadena de oro con que la tierra*, segun la bella imágen de Homero, *está suspendida del trono del Altísimo.* = HE DICHO.



reemplazada con la barbarie y rebeldía en su día sabía y
prudentemente vuestros esfuerzos con el santo fin de
evitar que la codicia, el odio y la venganza, levantando
el pendón de su soñado derecho, y armados del acero
homicida y de la tos incendiaria, cuyos nuestros res-
plandores hirieron ya cruelmente nuestra vista desde las
inmediatas márgenes del Tisularga, burlan á la humani-
dad con todas las obras de su inteligencia y el trabajo de
los siglos en la mas horrible catástrofe.
Si así lo hicierais, Dios y la Patria agradecerán pro-
mirán vuestros servicios; y si hubiera terminado para
entonces nuestra peregrinacion por el mundo terreno, de-
os enviaríamos un recuerdo de amor desde la mansion de
las almas inmortales por medio de la cadena de oro con
que la tierra, según la bella imagen de Homero, está
suspendida del trono del Altísimo. — Ha dicho el gran
— de sus santos y nobles varones, y el mundo
de admiración y alegría saliendo al encuentro de
Dios, el cielo y la tierra se alegraron y se
alegraron de verla en su patria.
— en sus santos y nobles varones, y el mundo
de admiración y alegría saliendo al encuentro de
Dios, el cielo y la tierra se alegraron y se
alegraron de verla en su patria.
— en sus santos y nobles varones, y el mundo
de admiración y alegría saliendo al encuentro de
Dios, el cielo y la tierra se alegraron y se
alegraron de verla en su patria.
— en sus santos y nobles varones, y el mundo
de admiración y alegría saliendo al encuentro de
Dios, el cielo y la tierra se alegraron y se
alegraron de verla en su patria.

UVA. BHSC. LEG 20-2 n°1594

UVA. BHSC. LEG 20-2 n°1594